

de *saltimbanquis*. Ya sabes que los triángulos equiláteros tienen tres lados iguales, y cada uno da un sonido idéntico; pues ¿cómo no lo darían los huesos pertenecientes á unos dueños que en su vida tuvieron, no tres, sino trescientos lados políticos, y siempre sonaban lo mismo, es decir, á gusto del que los hacia sonar? ¿No has visto hasta escritores que hoy sirven de instrumento á un gobierno, que los hace sonar en su favor y apoyo, y en contra de los que se le oponen, y mañana, si ganan éstos, suenan en favor de ellos y en contra de los que antes los sonaban? Pues ya conocerás qué bien enseñados estarían sus huesecitos á sonar por todos lados de un mismo modo.

E.—Es efectivo. Y ¿habia *platillos*?

G.—Y en mucha abundancia. Considera no mas que estaban formados de las palmas de las manos de todos los egoistas y panzistas, que con la misma facilidad cantan *hosanna*, *Hijo de David*, que gritan: *crucificalo, crucificalo*.

E.—¡Maldita canalla! Y por desgracia nuestra, demasiado abundante: ella es la que seduce y envanece á los déspotas; porque les da pretesto para creer, ó por mejor decir, para fingir que creen que gozan de popularidad. Cuando hay un trastorno político que desaprueba la razon y no conviene á la felicidad general, los hombres de bien lloran en el seno de la amistad, que es el único asilo que les queda, las desgracias de su patria: como lo hacen en silencio, no se echa de ver el desagrado, y solo se ven y oyen los *victores*, *vivas* y *palmoteos* de los mencionados panzistas. Pero dejémonos de reflexiones inútiles, porque el mundo siempre ha de ser mundo, y nunca ha de pasar de *perico perro*. ¿Qué tales chinescos habia?

G.—Lo mismo que *platillos*: muy abundantes y sonoros.

E.—¿De qué se componian?

G.—De las quijadas de infinitos adutores de segundo orden. Quiero decir, de aquellos que no teniendo fácil acceso al potentado á quien adulan, hacen todo el ruido que pueden con sus bajas alabanzas para ver si llega siquiera el murmullo á sus oidos, y merecen una

mirada de proteccion. Tampoco faltaban en los tales chinescos algunas campanitas y aun campanotas; porque has de saber que está el mundo tan ilustrado en materia de pronunciamientos, que hasta campanas y campanarios de primera época ecsisten hoy dia. Recuerda nuestras revoluciones pasadas, y verás como en efecto hay campanarios en que en todas ó en la mayor parte de ellas se ha repicado á vuelo de esquila, antes que en otros, cualesquiera que hayan sido aquellas.

E.—Ahora me haces fijar la atencion acerca de eso, que antes no habia observado. Mas parece que ya no hay mas instrumentos. Vamos á otra cosa.

G.—¿Cómo no ha de haber? Pues ¿el piano que sirve para marcar las entonaciones?

E.—Dices bien, ¿con qué habia piano?

G.—Escelente: y de colas, rabos y aun caudas como la de un cometa.

E.—¿De qué lo formaron?

G.—De los intrigantes que en este picaro mundo supieron *menear las teclas*. Figúrate no mas qué tal sonarian convertidos en teclas ellos mismos. ¡Vaya! Si aquello era un primor. Ahora sí, acabó la orquesta: vamos adelante.

E.—Vamos; mas tengo curiosidad de saber si esos diablos músicos eran líricos ó tocaban por punto.

G.—¡Buena duda! ¿Cómo habian de ser líricos unos diablazos tan instruidos y filarmónicos! Tocaban por punto, y tenian unos papelotes de música que parecian libros de coro.

E.—Supongo que tambien tendrian atriles en que colocarlos.

G.—Los tenian en efecto.

E.—¿De qué eran?

G.—De una madera bastante comun acá en el mundo, que se llama *pueblo*, y es capaz de cargar no solo papeles de música, sino la torre de catedral, sin decir *esta boca es mia*, aun cuando le cargan mucho;



Gran Orquesta.

sin embargo, algunas veces no deja de rechinar; pero de ahí no pasa.

E.—¡Escelente madera para hacer *tarugos* que no se quiebren; aunque se cuelguen de ellos tres ó cuatro millones de pesos; no obstante que no dejan de pesar algunas arrobas.

G.—Así es la verdad; pero no estamos ahora estudiando estática, sino refiriendo una *ópera*: continuemos.

PRIMER ACTO BUFO.

E.—Tienes razon. Dame primero una idea general de la función, y despues entraremos en los pormenores.

G.—Muy bien: serás complacido. Como en el infierno, por mas habilidad que haya en los diablos, no hay cosa que tenga piés ni cabeza; pues no ignoras que allí, segun dice el Dante, como testigo de vista,

Diverse lingue, orribili favelle,

Parole di dolore, accenti d'ira

Voci alte e fioche, e suon di man con elle,

Facevano un tumulto....

así es que aun cuando tratan de divertirse, sus diversiones se afectan del espíritu de desórden, que reina en aquel lugar infeliz. Por lo mismo no hicieron una ópera que tuviera un argumento solo y conducido desde el principio hasta el fin, sino que se limitaron á tomar de las óperas hechas por los hombres, las piezas que mas fueron de su gusto, y aun mezclaron unas con otras segun les acomodaba, contentándose con dividir esa miscelánea, ó mas bien, ese *centon de ópera* en dos partes, la una de piezas *bufas*, y la otra de *trágicas y heróicas*. ¿Lo has entendido?

E.—Perfectamente. Vamos á ver qué tal desempeñaron los diablos el primer acto bufo.

ESCENA I.

G.—Pues escucha. Comenzó la función con una rumbosa *obertura*, como es uso y costumbre en semejantes funciones, y fué la de

Guillermo Tell; porque los diablos, aunque con sus puntas de aristocracia, se inclinan siempre al gobierno republicano. En seguida se levantó el *telon de boca*, y se presentó un salon magnífico, á manera de los de recibir que hay en todos los palacios, con su trono, ó su silla presidencial en medio, y á los lados las de los ministros, continuando despues de ellas de uno y otro lado infinitos asientos para las demas autoridades y corporaciones. Abrió la escena el director de la ópera, que ocupó la silla de enmedio, y las cuatro contiguas á ella los cuatro operistas principales favoritos suyos; las comparsas ocuparon los demas asientos. Brillantísimo estaba el foro, y aun á mí no dejó de causarme sorpresa tanta magnificencia. Acomodados todos en sus puestos respectivos cantaron los cuatro operistas principales el coro de la *Italiana en Argel*, que dice:

De papatachos avanza el coro,
La ceremonia con gran decoro
Es ahora tiempo de comenzar.

E.—¡Bravo! ¡bravísimo! ¡Escelente *debut*! como dicen nuestros caros amigos los franceses.

G.—¿Para qué usaste esa palabra francesa? ¿Por qué no dijiste mas bien *pnincipio* ó *estreno*?

E.—Pero ¿por qué no la he de usar? ¿Qué, tú eres purista? A buenas horas, cuando no hay hombre ilustrado que no hable ó escriba mitad en frances y mitad en castellano, y aun no ha faltado en México literato que en un discurso verdaderamente ideológico, defienda que es muy bueno semejante modo de espresarse; porque si de esa manera se da uno á entender mejor, ¿por qué no la ha de adoptar?

G.—Todo eso está bien dicho, Sr. D. Erasmo; mas yo no soy purista, sino calculista.

E.—¿Qué quieres decir con eso?

G.—Que calculo que en otras reclamaciones que nos haga la Francia nos pondrá una partida de cuarenta mil francos por el uso que un mexicano ha hecho en una composicion *in vernacula lingua* de una

palabra francesa, y ¡plegue á Dios que no quieran que se les paguen los intereses de aquella cantidad desde hoy hasta el dia en que hagan las reclamaciones!

E.—Tienes razon: confieso que he hablado con ligereza: yo me enmendaré para no esponer á mi patria á que por mi causa laste una cantidad de dinero, que para sacarla del pueblo soberano, tengan las cámaras que gravarlo con la friolera de un 22 ó 23 por 100 sobre las rentas de las casas: Continúa.

G.—Como desde que estuve en el cuerpo de Pitágoras me habitué á filosofar sobre todo, no pude prescindir de esa costumbre con motivo de la ópera de los diablos, y á propósito de lo que cantaron los cuatro operistas principales, hice la reflexion de que aun en el infierno los que figuran como ministros, no pasan de papatachos, en lo que ninguna ventaja llevan las naciones viejas de Europa á las nuevas de América. ¿Cuántos años cuenta Francia, cuántos Inglaterra de establecidas? y apenas la primera ha tenido un Colbert y un Necker, y la segunda un Fox y un Pitt. Pero basta de reflexiones.

E.—Sí, basta. ¿Qué siguió al coro de los papatachos?

G.—¿Qué habia de seguir? Lo que continúa en la ópera: el juramento que hizo primero el director, y despues prestaron en sus manos todos los operistas, y termina con aquello de:

Juro en todas ocasiones
Las demas obligaciones;
Y si falto al juramento
Vuélvame el diablo un jumento.
Yo lo juro y lo conjuro:
Papatacho Mustafá.

E.—Y ¿no hiciste tus reflexiones filosóficas sobre ese canto?

G.—¿Pues no las habia de hacer? Luego luego me ocurrieron dos: la primera, que en la corta edad que tengo, se entiende en esta república, que apenas pasa de unos once lustros....

E.—Friolera! Ciertamente que aun estás con la leche en los labios.

Cuídate mucho, no te vayas á malograr.

G.—Pocas sátiras conmigo, señor mio.

E.—No te incomodes, Gallito: se me salieron de la boca aquellas palabras; mas no lo hice por ofenderte.

G.—Estás perdonado. Mas si dije que mi edad era corta, fué por acomodarme al estilo de esta nobilísima ciudad, en la que veo unos gallazos con unos espolones tan grandes y duros como llantas de coche, que se casan con una linda jóven de diez y ocho años; ó cotorronas que andan allá *circum circa* conmigo en cuanto á navidades, que tambien se casan con algun mozalvete barbiponiente; y sin embargo, aquellos gallazos y estas cotorronas se reputan por de una misma edad con sus respectivas mugeres y maridos. ¿Qué mucho que á mí me parezcan once lustros once años?

E.—Dices bien; pero no nos distraigamos del punto principal. ¿Cuál fué la primera reflexion que hiciste?

G.—Que en el tiempo que he vivido he visto muchos juramentos con un aparato mas sério y solemne que el de una ópera; y sin embargo, no han sido en la sustancia menos ridículos y sin efecto que el de Mustafá.

E.—A mí tambien me ha sucedido lo mismo. Es esacta tu reflexion. ¿Cuál es la segunda?

G.—Que si todos los que han faltado á sus juramentos, se hubieran convertido en jumentos, estaria la república mexicana trasformada en un corral de burros.

E.—Concedido. Pero me está ocurriendo un escrúpulo, y es, que los diablos son malos traductores del italiano, porque el original dice:

E se manco al giuramento

Piu non m'abbia un pel sul mento:

que quiere decir literalmente:

Y si falto al juramento

No me quede un pelo en la barba.

G.—Es verdad; pero los diablos cantaban en castellano, y se valie-

ron de la traduccion, no tal como está en el cuadernito impreso en México, sino segun la acomodaron en España, para ajustar la letra á la música. Yo hice la misma observacion, y ella me produjo una tercera idea.

E.—¿Cuál fué?

G.—Que segun nos contaban nuestros progenitores, antes un pelo del bigote de un hombre valia mas que veinte juramentos, y hoy veinte juramentos no garantizan un par de bigotes.

E.—¡O tiempos! ¡O costumbres! Adelante.

ESCENA II.

G.—Concluido ese paso de la *Italiana*, se presentó uno ú otro operista de los que aunque eran favorecidos por el director, no gozaban opinion pública entre los demas operistas, ni entre los músicos, ni en el auditorio; y aun el mismo director no dejaba de echarles sus indirectas; sin embargo, con gran disimulo cantaban:

Estornuda cuanto quieras,

Yo no dejo mi lugar.

E.—¡Oh! esos diablillos tenian grandeza de alma, igual á la de D. Hermógenes, aquel que nos presenta Moratin en su comedia del *Café*: no se arredran con la envidia de sus iguales, ni con la opinion de un pueblo naturalmente veleidoso, que no sabe apreciar á los grandes hombres.

G.—Eso mismo digo yo. Pero no solo esos personajes tenian almas grandes, sino otros tambien, que cuando menos las tenian del mismo tamaño.

E.—¿Quiénes eran esos?

G.—Te lo diré. Habia entre los operistas de las comparsas, algunos que de cuando en cuando se desentonaban, y no llevaban el compás con la esactitud que queria el director, por lo que este se enfadaba con ellos, y queria echarlos de la compañía. Entonces con la mayor humildad y respeto entonaban:

Kaimakan, Señor, me quedo,
Que no os quiero disgustar;

lo cual caía en gracia al director, les perdonaba, y continuaban sin novedad lo propio que antes.

E.—Esas eran almas bajas, no grandes; porque si cantaban mal, debían voluntariamente salirse de la compañía, y si estaban satisfechos de que cantaban bien, debían sostenerse en su canto, aunque el director les mandara que cantaran de otro modo.

G.—Eso dicen los diablos que es muy bueno para la teórica, pero no para la práctica. Ya te acuerdas de lo que en la mencionada ópera *la Italiana*, quería hacer Mustafá con Tadeo si no admitía el empleo de Kaimakan.

E.—Sí me acuerdo: mandarlo empalar.

G.—¡Ahí! ¡que no es nada! Pues oye, tanto importa morir por carta de mas, como por carta de menos.

E.—No te entiendo.

G.—Me explicaré: si esos diablillos desentonados á juicio del director, no cantaban conforme á su gusto, los dejaría á buen componer de cesantes, arrinconados, caso que no quedaran enteramente sin sueldo, y además mal impuestos; porque estaban hechos á gastar en grande; y ya ves que para morir lo mismo es que le metan á uno un palo en la barriga, como le habria sucedido á Tadeo, que el que uno no tenga alimento que meter á su barriga por la boca.

E.—Vaya, vaya: es perder tiempo disputar contigo, porque te metes á defender unos disparates . . .

G.—No te incomodes, si lo hago únicamente *vi argumenti*; mas no porque deje de estar persuadido de lo propio que tú.

E.—Siendo así, venga esa pata, seamos amigos, y prosigue tu relación.

ESCENA III.

G.—Sonó el pito, y se mudó la decoración en la de una casa particular, figurando un aposento de recamarera, é inmediatamente oímos

á un diablo, que afectando una voz de contralto áspera, comenzó á cantar:

Broches para las calzetas,
Cortaplumas y tigeras,
Agujas, peines, cuchillos,
Yesca, piedras y pajuelas.

Ea vamos, vamos,
¿Quiéren comprar,
O vender quieren,
O bien cambiar?

E.—Eso canta en la *Urraca* el judío Isaac.

G.—Así es efectivamente, y á continuación siguió el duo entre el referido judío y Nineta, cuyo papel desempeñó un diablo vestido de muger; porque en el infierno solo hay diablos y no diabras, y esta es una providencia de Dios, porque si hubiera diabras, ya habrían revuelto al mundo entero para alterar la cronología con el fin de que se dijera que la caída de Luzbel habia sido coetánea con la de Buonaparte, y que la creación del mundo habia comenzado juntamente con nuestra gloriosa regeneración; pues que mas fácil seria que las echasen cien veces en calderas de plomo derretido, que confesaran que tenían mas de siete mil años en las costillas.

E.—No te divagues en digresiones impertinentes. ¿Qué sucedió con el duo?

G.—Que lo continuaron cantando muy bien y muy en paz; pero llegando á aquel paso en que el judío compra el cubierto por las dos terceras partes de su valor, no pudieron contenerse los serpentones de la orquesta. ¿Te acuerdas de la materia de que los formaron los diablos?

E.—Sí, de una pacotilla de agiotistas que fué de México.

G.—Buena memoria tienes. Pues, como decia, no pudieron contenerse los serpentones, y comenzaron á gritar: "A fuera ese judío imbecil, que está reduciendo á la nulidad la noble profesion de usu-

“pero. No merece el tal Isaac matricularse en nuestro ilustre gremio; pero ¿qué decimos matricularse...? Ni aun ser corredor de tercera ó cuarta mano del mas pequeño de nuestros dignos compañeros. ¿Qué es esto de comprar las cosas en las dos terceras partes de su valor? Eso se usaba allá en los tiempos en que ecsistió Gil Blas de Santillana; pero hoy que los progresos de la civilizacion han llevado la ciencia del ágio á su apogeo, nada se compra por un honrado agiotista, que no sea en un 5 por 100 de pago, ó lo que es lo mismo, con un noventa y cinco por ciento de ganancia, y aun tiene que pagar el vendedor de su cuenta el corretage. ¿No ve ese mentecato judío que en México se prestan ocho ó diez mil pesos sobre una finca que vale mas de cien mil, y al cabo de tres ó cuatro años, á merced de un seis por ciento mensal, y de los réditos de réditos, haciendo mucho favor el agiotista al dueño, se queda con la finca por via de transacion, y aun le perdona generosamente á éste lo que le sale restando? Si no sabe Isaac su oficio, que venga á México á aprenderlo, y no se meta á lo que no entiende.”

E.—¡Discurso económico-político-filantrópico-moral! No podía hablar mejor el mismo Caco.

G.—No te puedes figurar la gresca que armaron los serpentones. Primero el violin, que dirigia la orquesta, hasta el arco y el violin les quebró sobre las espaldas; pero ellos, erre que erre sobre que el judío no habia de comprar el cubierto en las dos terceras partes de su valor, sino siquiera en la vigésima, y eso por hacer bien y buena obra á la linda Nineta.

E.—Y por fin ¿en qué quedó la lucha?

G.—En que fué necesario hacer salir del teatro á los serpentones para que pudiera concluirse el duo.

E.—¡Ojalá que nuestros gobiernos hicieran otro tanto arrojando, no solo de los teatros, sino de la república esa peste de ella!

G.—Buenos deseos; pero nunca los verás cumplidos, pues el mal no depende de que haya agiotistas y usureros, sino de que los pobres

tengan necesidad de ocupar á semejantes gentes: quita la necesidad, y acabaron los agiotistas.

E.—Pero ¿de qué manera se ha de quitar la necesidad?

G.—Quitando la pobreza general, y esta se quita distribuyendo proporcionalmente las rentas nacionales entre todos los que tienen derecho á subsistir de ellas. No te canses, mientras que el tesoro público se consume en un solo objeto y en una sola clase de la sociedad, las demas han de perecer, ha de haber de consiguiente pobreza, necesidad y usureros. Supon que echaras de la república á los que ahora ecsisten en ella, otros los sustituirian; porque la tentacion de hacerse rico sin mucho trabajo á costa del prójimo, es muy vehemente: quita el motivo, y quitas la tentacion. Mira, siempre que en algunos cortos periodos se ha pagado alguna cosa á los empleados, pensionistas, &c., aunque no hayan sido todos sus haberes, los agiotistas han entrado en muda, como los pájaros en tiempo de invierno; mas luego que cesan aquellos ausilios, vuelven á cantar como unos cenizos.

E.—Pues si el remedio para que no haya usureros ha de ser la esácta distribucion de los caudales públicos y la abolicion absoluta de las preferencias á ciertos objetos y clases, bien podemos morirnos como los judios, *esperando su santo advenimiento*.

G.—Así es, á la verdad; y ademas de los males que hemos indicado, háy otros que los realzan escesivamente.

E.—¿Cuáles son esos?

G.—La empleomanía respecto de las personas particulares, y la profusion en crear empleos respecto de los gobiernos. Aquel defecto se remediaria si se remediase éste; pero como hay tantos ahijados, es fuerza que se multipliquen los empleos; lo cual se hace de dos modos, ó creandolos de nuevo sin necesidad urgente, ó convirtiendo á los propietarios en cesantes para nombrar otros propietarios, con lo que se verifica aquello que vulgarmente se dice, á saber, *que el hambre repartida entre muchos les cabe á mas*.

E.—¡Desgraciada situacion la nuestra! Pero... ya nos hemos ol-